

Ana Belén Cano Hila

**JÓVENES, EXPECTATIVAS DE FUTURO Y DESEMPLEO JUVENIL:
¿LA CONDICIÓN "NI-NI-NI" EXPLICABA REALMENTE EL
DESEMPLEO JUVENIL EN ESPAÑA EN TIEMPOS DE BONANZA
ECONÓMICA?**

**YOUTH, FUTURE'S EXPECTATIONS, AND YOUTH
UNEMPLOYMENT: CAN THE CONDITION "NEET" REALLY
EXPLAIN YOUTH UNEMPLOYMENT IN SPAIN IN TIME OF
ECONOMIC BOOM?**

Resumen

Actualmente, cuando España tiene una tasa de paro juvenil que supera el 57%, el problema del desempleo hace saltar todas las alarmas políticas y sociales. Pero durante el periodo de bonanza económica, cuando el desempleo juvenil en este país, no era tan bajo como hubiera sido deseable, se explicaba mayoritariamente por la apatía y desmotivación de los jóvenes. Incluso se hablaba de la Generación ni-ni-ni. En ningún caso, se analizaron aspectos sociales que contribuían a la construcción de las expectativas de futuro de los jóvenes, así como tampoco se sometían a evaluación los dispositivos de formación ocupacional o inserción laboral. Todo el peso recaía sobre la cuestionable motivación de los jóvenes a trabajar.

Citar la obra: Cano Hila, Ana Belén (2014) "Jóvenes, expectativas de futuro y desempleo juvenil: ¿La condición "ni-ni-ni" explicaba realmente el desempleo juvenil en España en tiempos de bonanza económica?", en: S. Gallego Trijueque y E. Díaz Cano (coords.) *XII Premio de Ensayo Breve "Fermín Caballero"*. Toledo: ACMS, pp. 11-33.

Abstract

Currently, Spain has a youth unemployment rate higher than 57%, consequently, the unemployment problem activates all political and social alarms. However, during the economic boom period, when youth unemployment was lower than nowadays, but not as low as would have been desirable, the youth unemployment was mainly explained by apathy and lack of motivation of young people. Mass media and society talked about NEET Generation. In any case, social aspects that contributes to the construction of youth future expectations weren't be taken in consideration, nor the results of occupational training or employment programs were evaluated. Just the only responsibility of youth unemployment in Spain focused on the questionable motivation of young people to work.

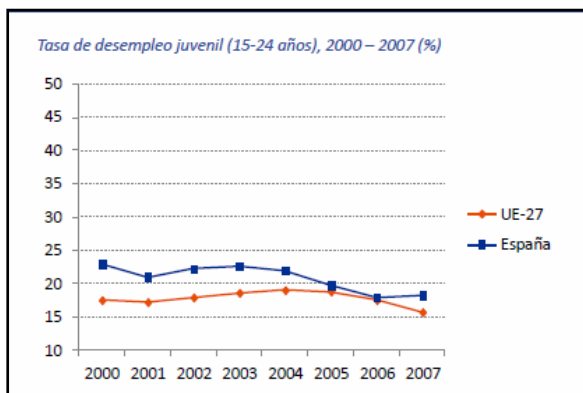
"La juventud está desmotivada, desilusionada, apática, no tiene interés en estudiar ni en trabajar". "Como lo tienen todo, no se esfuerzan como lo han hecho generaciones anteriores..."

Estas son declaraciones que aparecían reiteradamente en periódicos, informes y discursos de profesionales que trabajan en el ámbito de la juventud en los años previos a la actual crisis económica (OCDE, 2012; UGT de Catalunya y AVALOT, 2010; Heras, Llena y Gil, 2010; Gutiérrez, 2010; Teruel y Aunión, 2012). Sin embargo, hoy en día, y principalmente desde 2010, estos argumentos se están viendo sustituidos velozmente por: "el mercado de trabajo no ofrece oportunidades laborales a los jóvenes, ni tan siquiera a la generación más preparada de la historia del país"; "el riesgo de una generación perdida"; "el éxodo de cerebros y jóvenes altamente cualificados puede suponer una intensa descapitalización futura del país" (Tortosa, 2013; De la Rica, 2013; Abril, 2013).

Si bien es cierto que la tasa de paro juvenil en España en 2013 es absolutamente desorbitada, situándose actualmente, según la EPA

(2013), en el 57,22% (73,85% entre jóvenes de 16 a 19 años, y del 53,65% entre los de 20 a 24 años), también es cierto que el desempleo juvenil no es un problema novedoso para la sociedad española, así como tampoco lo es estrictamente coyuntural.

Figura 1. Evolución tasa desempleo juvenil (15-24 años), 2000-2007



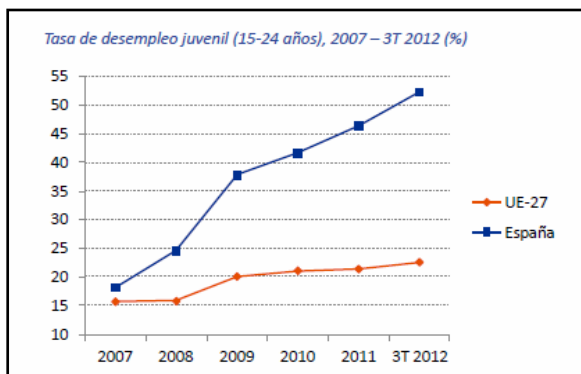
Fuente: Eurostat, consultado en: Ministerio de Empleo y Seguridad Social, 2013.

A principios de los 2000, coincidiendo con el inicio del periodo de mayor crecimiento económico, la tasa de ocupación juvenil en España, según Ministerio de Empleo y Seguridad Social (2013) era del 19,3%. Esta era significativamente más baja que la media europea (34%) y, además, sufría una fuerte variabilidad con el ciclo económico, mientras que en el resto de los países esta era más estable. Durante los momentos buenos del ciclo, el porcentaje de jóvenes trabajando se elevó hasta superar el 40%, mientras que en

países como Alemania o Reino Unido, la tasa de ocupación sobre el total de los jóvenes era mucho más elevada, situándose entorno del 50%. Respecto a la tasa de desempleo juvenil (ver figuras 1 y 2), en España en el 2000 era del 22,9%, descendiendo hasta el 18% a principios del año 2007.

En definitiva, en un momento considerado de esplendor y de bonanza económica, es importante no olvidar que en España un 18% de los jóvenes menores de 25 años estaban desempleados.

Figura 2. Evolución tasa desempleo juvenil (15-24 años), 2007-2012



Fuente: Eurostat, consultado en: Ministerio de Empleo y Seguridad Social, 2013.

Pero hasta el momento en que la tasa de paro juvenil no parece tener límite y ser un problema de primer orden en la agenda política nacional y europea, al problema del desempleo entre los jóvenes se le han atribuido explicaciones un tanto superficiales, simplistas y cuestionables de ser generalizadas; como por ejemplo: “los jóvenes

de hoy en día son unos vagos”; “la juventud no quieren trabajar porque como lo tienen todo sin esfuerzo...”; “gran parte de los jóvenes del siglo XXI son ni-nis: ni estudian, ni trabajan ni tienen intención de hacerlo”.

Pues es éste el punto de partida que pretende tomar este ensayo; es decir, nos ubicamos en un contexto pre-crisis económica, con la intención de por un lado, reflexionar sobre las divergencias discursivas entre adultos y jóvenes respecto a las expectativas de futuro de la población joven (16-19 años) y por otro lado, analizar algunos de los mecanismos evidenciados como más influyentes en el proceso de configuración de las expectativas de futuro de los jóvenes: visión del colectivo joven por parte de los adultos en general, y de los profesionales que trabajan con esta población en particular; y procesos de segregación escolar y en el uso del tiempo libre.

Los contenidos de este ensayo se basan en las reflexiones teóricas y empíricas desarrolladas en el marco de la tesis doctoral “Procesos de integración y exclusión social juvenil en la periferia de Barcelona y Milán”, adscrita al Departament de Teoria Sociològica, Filosofia del Dret i Metodologia de las Ciències Socials, Universitat de Barcelona. Sin embargo, en este texto sólo se hace referencia al contexto español. Concretamente, se han preguntado, mediante una entrevista estructurada escrita, a 118 jóvenes de entre 16-19 años, residentes en los barrios de Trinitat Nova y Ciutat Meridiana (Barcelona). Así mismo se han entrevistado a 22 profesionales que trabajan directamente con el colectivo joven (educadores, profesores...) y 8 técnicos y profesionales de las administraciones locales (regidores, técnicos de barrio, etc.). Por ello, cuando en el presente ensayo se hace referencia al colectivo joven, nos referimos a los jóvenes entrevistados en el marco de la investigación presentada anteriormente.

La estructura del ensayo es la siguiente: en primer lugar, se analiza la actitud y el posicionamiento del colectivo joven respecto a la educación y la inserción laboral. En segundo lugar, se analizan las visiones que los profesionales tienen de la población joven con la que trabajan. En tercer lugar, se ponen de manifiesto las discrepancias en los discursos de adultos y jóvenes en relación a las expectativas de futuro de estos últimos, resultado de los dos análisis anteriores. En cuarto lugar, se abordan los fenómenos de la segregación escolar y el uso del tiempo libre y su impacto en la configuración de las expectativas de los jóvenes. Y finalmente, se recogen las conclusiones más remarcables que pretende mostrar el presente ensayo.

DE MAYOR QUIERO SER...

Los jóvenes ponen de manifiesto que no existe, entre la juventud, una visión unánime sobre cómo entiende y se valora la educación, sino que existen diversas visiones. Entre ellas, destacar: a) los que entienden la educación como una forma de dibujar un futuro mejor a largo plazo, b) los que entienden la educación como una preparación a corto-medio plazo para su inserción laboral y, c) los que viven la escolarización como una pérdida de tiempo que no les aporta ningún beneficio.

Laura –como el resto de nombres que aparecen en el texto son ficticios–, una joven de 16 años, afirma: “Al acabar cuarto de la ESO quiero hacer bachillerato. Prefiero el científico, porque quisiera ser veterinaria”. Así mismo, Carlos de 17 años, comenta: “Cuando acabe la ESO me gustaría hacer un ciclo formativo de grado superior de mecánica, porque así en dos años puedo trabajar en un taller”. Por otra parte, José María, de 16 años expresa: “Quiero entrar ya en el mercado de trabajo, estoy harto de estudiar, quiero trabajar. La escuela me aburre”.

A pesar de esta diversidad de formas de valorar la educación por parte de los jóvenes, la tendencia mayoritaria evidenciada es la de seguir estudiando hasta finalizar la etapa escolar en curso. Las preferencias más destacadas por los jóvenes son: en primer lugar, cursar estudios universitarios; en segundo lugar, incorporarse al mundo laboral; y, en tercer lugar, realizar estudios de corte profesional tanto de grado medio como superior. Tampoco es desestimable el número de jóvenes, principalmente aquellos más jóvenes (de 15-16 años) que aún no tienen muy clara su trayectoria académica ni profesional.

La gran mayoría de los jóvenes consultados ha manifestado tener expectativas de futuro, y en ningún caso se han evidenciado respuestas del tipo: me es indiferente, no quiero hacer nada, no tengo ningún interés ni motivación, no quiero trabajar... En todos los casos, ha habido una respuesta orientada hacia algún plan de futuro. Otra cuestión es entrar a analizar hasta qué punto son viables estos planes, si son coherentes con sus acciones presentes, etc. Pero, de todos modos, esto es otro cantar diferente a la generalizada “apatía juvenil” tan esgrimida por algunos sectores de la población adulta así como los medios de comunicación de masas.

Entre el 50 y el 73% de los jóvenes declaran su intención de ocuparse en profesiones liberales, principalmente del ámbito de la salud, la educación y las ingenierías, mientras que el porcentaje de jóvenes que manifiesta interés por trabajar en oficios es del 38%. Los oficios que suscitan más interés son: peluquería y esteticista, mecánica y fontanería

Laura, de 17 años, explica: “a mí me encantaría poder estudiar magisterio de educación especial porque me gustaría enseñar y ayudar a niños con problemas físicos y psíquicos. Mi madre siempre me ha dicho que ve en mí muchas cualidades para ser una buena profesora. Además, siempre me dice que la profesión de maestro es una profesión muy gratificante, que tiene buenos horarios y un buen

sueldo”. En esta línea, Beatriz, de 16 años, afirma: “yo quiero acabar la ESO y empezar el bachillerato social o humanístico para luego estudiar periodismo. Me encantaría poder escribir en un periódico o ser corresponsal, así podría viajar, conocer a mucha gente y ganarme bien la vida”.

Decantándose más por una inserción laboral en el ámbito de los oficios, Pedro de 16 años, comenta: “Cuando acabe la ESO me gustaría hacer un ciclo formativo de grado superior de mecánica, porque así en dos años puedo trabajar en algún taller, y en algún tiempo puedo intentar poner mi propio taller”.

En relación a las expectativas profesionales, al igual que hemos apuntado anteriormente cuando hablábamos de las expectativas académicas, un 25,83% de los jóvenes afirma no tener muy claro su futuro profesional y no saber todavía a qué querer dedicarse laboralmente. Esta manifestación de duda e indecisión se ha evidenciado principalmente en aquellos jóvenes que aún no han finalizado la educación secundaria obligatoria. También se aprecia, aunque en menor medida, entre aquellos que ya cursan estudios post-obligatorios. Pero a pesar de no tener claro en qué profesión ocuparse, todos los jóvenes comparten su deseo de trabajar en un futuro a corto, medio o largo plazo, en función de sus motivaciones, expectativas de futuro y rendimiento académico. A modo de ejemplo ilustrativo, Juan, de 17 años, dice: “Yo aún no sé muy bien de qué quiero trabajar, pero lo que sé es que quiero trabajar ya y ganar dinero, porque yo no sirvo para estudiar; siempre me quedan todas o casi todas. Me da igual de qué trabajar, sólo quiero hacer algo y no perder el tiempo sentado en una silla aburriéndome como una ostra”. Desde otra postura, Elena, de 18 años apunta: “Yo en poco tiempo acabaré el bachillerato, y todavía no tengo muy claro a qué quiero dedicarme, hay varias cosas que me gustan, como fisioterapia, veterinaria, no sé..., creo que me daría igual una que otra”.

A diferencia de la realidad que mostraba el boom del fenómeno nini hace tres años, el cual señalaba de forma alarmante que en 2009 (según EPA 2009), 70.000 jóvenes menores de 34 años en España ni estudiaba ni trabajaba, el trabajo empírico desarrollado (sin la pretensión de generalizar, pero sí de aportar matices) pone de manifiesto que un 17,7% de jóvenes (de entre 16 y 21 años), en 2009-2010, dijo estar trabajando. Este grupo de jóvenes se divide en dos sub-grupos: el primero, conformado por el 2,54% que dice trabajar a tiempo completo, y el segundo, que aglutina a un 10,16%, compagina estudios y trabajo a jornada parcial (fines de semana, festivos, media jornada, empleo eventual...).

El grupo de jóvenes que trabaja a tiempo completo manifiesta de forma unánime su voluntad de cambiar de trabajo hacia un trabajo que les permita tener unos horarios más cómodos, mayor estabilidad laboral, aumento de sueldo, y la posibilidad de vivir nuevas experiencias de realización profesional y personal. Sobre esto, cabe puntualizar que criterios y aspiraciones de este tipo se han visto fuertemente mermadas durante estos últimos tres años de crisis económica. Una muestra de esta precarización de las condiciones de trabajo las ofrece por un lado, el último informe Indicadores Infojobs. Enero 2013, el cual expone que el 39% de los contratos que se realizan en España son por obra y servicio; el 40,2% son eventuales y sólo el 9,1% son indefinidos. Y por otro lado, datos de Hacienda apuntan que tres de cada diez contribuyentes no alcanzan el salario mínimo fijado en 2013, en 645,30 euros mensuales. Esta cifra es drásticamente más baja a la recogida en la última Encuesta de Estructura Salarial 2010, elaborada por el INE, en la que se pone de manifiesto que el salario bruto medio anual fue de 22.790,20 euros por trabajador en el año 2010. Además se señala que la tendencia es que los trabajadores con un contrato de duración determinada tengan un salario medio anual inferior en un 32,0% al de los contratados indefinidos.

Sofía, 19 años, explica: “Cuando acabé la ESO, con 16 años, no quería seguir estudiando y quería empezar a trabajar. Al poco, empecé a trabajar como dependienta en una tienda de ropa. El trabajo no está mal, pero en poco tiempo espero cambiar de trabajo, y encontrar uno con mejor horario, un sueldo más alto y más estable”. Así mismo, María, de 22 años, añade: “Durante los últimos 5 años he trabajado de peluquera, pero la verdad es que es un trabajo muy cansado. Busco un trabajo con jornada intensiva o reducida que me permite poder dedicarme a otras cosas como hacer algún curso, aprender idiomas, etc.”.

Los jóvenes que compaginan estudios y trabajo se ocupan principalmente en trabajos relacionados con la economía sumergida e informal, como por ejemplo, clases de repaso, canguros, etc., así como trabajos temporales por horas (monitores de tiempo libre, ayudantes en una tienda...). La valoración que este sub-grupo hace del trabajo es más positiva que la apuntada por el sub-grupo anterior, ya que valoran el hecho de trabajar como un medio para seguir estudiando y ganar algo de dinero, lo cual les aporta cierta independencia económica y mayor autonomía personal.

Lucía, de 18 años, explica: “Yo trabajo en una tienda de ropa durante los viernes por la tarde, fines de semana y festivos. Es un horario algo pesado, pero me permite poder ir a clase, estudiar sin problemas, y además tener algo de dinerillo (...) que lo de pedir siempre a los padres es un palo”. Otro ejemplo, es el que relata Ainoa, de 19 años: “A mí me gusta trabajar como monitora de comedor y de actividades extra-escolares. Me gusta estar con niños y me lo paso muy bien. Además, me permite ganar experiencia, ya que estoy estudiando un ciclo formativo de educación infantil, y a la vez ganar algo de dinerillo. Por ahora, esta situación es perfecta para mí”.

Un aspecto en que todos los jóvenes coinciden es en subrayar las enormes dificultades que tienen para encontrar un trabajo estable,

interesante y bien pagado. En el camino hacia este “trabajo ideal”, vuelven a evidenciarse distintos posicionamientos entre el colectivo joven. Aquellos que entienden y valoran la educación y la formación, tanto a medio como largo plazo, manifiestan su confianza en que la mejora de su nivel de estudios y su grado de formación les facilitará el encontrar un trabajo mejor y de forma más rápida, mientras que los que valoran el paso por la escuela como una pérdida de tiempo, no confían en que la educación les abra las puertas del mercado laboral.

¿CÓMO SON LOS JÓVENES?: DESDE EL PUNTO DE VISTA DE LOS PROFESIONALES

El estancamiento y el descenso del nivel de instrucción de la población joven, debido a una baja motivación respecto al estudio, unas bajas expectativas de futuro a nivel académico y laboral; el absentismo escolar, y el abandono prematuro del sistema escolar, son los argumentos más repetidos en los discursos de los profesionales que trabajan con población joven a la hora de describir la situación de éstos en el ámbito escolar y laboral.

Se aprecia la misma tendencia pesimista entre los profesionales cuando se refieren al futuro laboral de los jóvenes. "Creo que los chicos tienen una seria dificultad para encontrar trabajo debido a la falta de actitudes como la puntualidad, el respeto a la autoridad y las reglas, lo que conlleva que muchos trabajen en la economía sumergida", afirma una educadora de un centro juvenil. En la misma línea, el responsable de una organización ejecutora de las políticas de promoción económica del Ayuntamiento de Barcelona sostiene: "Muchos jóvenes, especialmente aquellos con menor formación, no están motivados para trabajar ni estudiar, sólo quieren ganar dinero fácilmente y rápido. Sus puntos más débiles son la falta de formación de base y la falta de motivación para

formarse. Dicen que si tienen que asistir a cursos de formación, es preciso que sea remunerada. A veces, buscar posibilidades de inserción para determinados casos es muy difícil”.

Desde el ámbito de la administración local, la visión que hemos recogido no es más optimista y señala a los jóvenes como un colectivo vulnerable, en el cual se invierte importante cantidad recursos (cursos de formación ocupacional, oficinas de orientación profesional, programas de refuerzo escolar que luchan contra el fracaso escolar, programas de inserción laboral, entre otros), pero sin embargo no se alcanzan los resultados esperados. Desde el punto de vista de la regidora de uno de los distritos de Barcelona: “el principal problema de los jóvenes es que no creen en que estudiar les vaya a dar un beneficio personal y profesional. No confían en esto y por eso no se esfuerzan mucho y no sacan todo el partido que podrían a recursos como los programas de formación ocupacional, etc.”.

Tal y como se desprende del testimonio anterior, se señala la falta de esfuerzo y motivación del joven como principales explicaciones a los insatisfactorios resultados de unas medidas dirigidas a la población joven, principalmente en materia escolar y de inserción laboral.

No obstante, y desmarcándose de esta tendencia que acentúa la figura del joven como responsable de fracasos relativos a las instituciones, el responsable del servicio de atención ciudadana que ofrece el Ayuntamiento de Barcelona explica: “muchos de los programas de formación ocupacional o de inserción laboral, dirigidos a jóvenes, no responden a las necesidades reales de formación ni de inserción que tienen los jóvenes actualmente, y en muchos casos se reducen a dar una solución temporal al paro juvenil, sabiendo que la inserción laboral no se efectuará al finalizar el proyecto”. Añade que es consciente que estas incoherencias deslegitiman estos recursos entre los jóvenes, al mismo tiempo

debilitan su confianza en ellos y minan las expectativas futuras de los jóvenes.

Continuando con este argumento, una asistente social comenta que en su opinión la gran mayoría de jóvenes desarrollan trayectorias académicas y laborales de éxito, pero que en recursos como en el que ella trabaja, servicios sociales, tratan con los casos más complicados y menos favorecidos. Cabe destacar, que este testimonio es de los pocos entre el colectivo de profesionales que reconoce tener una opinión relativamente sesgada del colectivo joven en función de su práctica profesional diaria. Es decir, manifiesta ser consciente de que su visión del colectivo joven está muy condicionada por el tipo de usuario de su servicio. Y por ello, al hablar del colectivo joven se muestra muy cauta a la hora de realizar generalizaciones y argumentos simplistas. De igual modo, el coordinador de una fundación que trabaja para la inserción de jóvenes, especialmente aquellos en riesgo de exclusión social afirma tener la impresión de que el proyecto que coordina está estigmatizado y que se asocia exclusivamente a familias pobres, jóvenes problemáticos, a jóvenes inmigrantes, pero no a jóvenes que quieran formarse para encontrar un trabajo mejor. Desde su punto de vista, esta situación por un lado, desvirtúa el principal objetivo del proyecto, el cual es potenciar una satisfactoria inserción laboral juvenil mediante la formación, y no satisfacer de forma inmediata demandas urgentes de inserción laboral; y por otro lado, estigmatiza a los jóvenes que se matriculan como alumnos en este tipo de proyectos. El testimonio de un joven reafirma la impresión de este coordinador, al explicar que le han propuesto matricularse el próximo curso en este proyecto, pero que ha rechazado la propuesta, argumentando que, “allí sólo van inmigrantes, gente con problemas; y yo sólo quiero que me ayuden y den orientación para buscar trabajo”.

En definitiva, la percepción de los profesionales respecto a las trayectorias escolares y laborales, así como a sus expectativas de futuro, son considerablemente más uniformes que las expresadas por los propios jóvenes, y a la vez, también más pesimistas, próximas a la definición del fenómeno nini. Se evidencia como tienden a generalizar a la totalidad del colectivo joven determinados rasgos negativos identificados en un delimitado sub-grupo de jóvenes. Además, especialmente aquellos profesionales vinculados a la administración local, suelen situar la figura del joven y las limitaciones que le atribuyen (falta de actitud positiva, falta de motivación, incapacidad...) en el epicentro de las explicaciones a por qué determinadas inversiones en materia de juventud no alcanzan las expectativas previstas. No obstante, hay un grupo de profesionales, aunque desafortunadamente sea el menos numeroso, quien abre el foco de mirada a la hora de analizar el problema de la inserción laboral juvenil así como otras circunstancias como el abandono prematuro del proceso de formación, situándolo no sólo en la figura del joven sino también en los planteamientos institucionales de dichos programas y su desarrollo. Y es en este punto en donde señalan aspectos interesantes a tener en cuenta en la configuración de las expectativas de futuro de los jóvenes, entre ellas destacar:

a) la influencia de las expectativas de los profesionales respecto al colectivo joven con el que trabajan, mediatizadas por los destinatarios de su actividad profesional diaria;

b) las incoherencias internas entre el planteamiento inicial y el desarrollo del proyecto así como las disonancias entre el diseño del proyecto y la realidad en la que aplicarlo, lo cual da lugar a,

c) ciertos efectos no deseados como la estigmatización del proyecto y de sus usuarios. Aspectos como éste último, los retomaremos más en detalle en el siguiente apartado.

SEGREGACIÓN ESCOLAR Y EN EL USO DEL TIEMPO LIBRE

Que las expectativas tanto académicas como laborales de los jóvenes así como el desarrollo de sus trayectorias no dependen únicamente de ellos mismos, sino que también están influenciadas por el grupo de iguales, por el tipo de escuela donde se estudia, por el barrio donde se vive, o por las expectativas de los profesionales con los que interaccionan, transmitidas mediante los discursos y las conductas (curriculum oculto), son tesis ya consolidadas desde diferentes disciplinas como la psicología social o la sociología.

El hecho de cursar un tipo de estudios u otros, en un instituto público o concertado, así como participar de una entidad de ocio o no participar, tienen influencia en las expectativas de la juventud. La segregación escolar y la segregación en el uso del tiempo libre tienen un significativo efecto en la composición social de los centros, lo cual influye en el escenario de interacción de los jóvenes y de los resultados de dicha interacción. Dicho de otro modo, la segregación escolar y el ocio influyen en la creación de un clima institucional que facilita el contacto y el contagio de expectativas entre alumnos, padres y profesionales –ya sean de expectativas optimistas o pesimistas– (Oberti, 2005 y 2007; Fernández Enguita, 2003).

La directora de una escuela de educación primaria pública en Barcelona comenta: “En nuestros barrios se aprecia una clara huída de aquellos jóvenes con altas expectativas académicas y laborales y un rendimiento escolar satisfactorio hacia las escuelas concertadas y/o privadas, mientras que en la pública se concentran aquellos alumnos con mayores dificultades, con un rendimiento y unas expectativas más bajas, un nivel socio-económico más bajo y de origen extranjero”. La directora de un colegio concertado de educación primaria y secundaria, ubicado en el mismo barrio que el testimonio anterior, confirma la existencia de segregación escolar y añade que el principal motivo es porque matricularse en un colegio

concertado da prestigio social. De hecho, los jóvenes también perciben esta segregación y aportan argumentos que las sustentan: “Empecé bachillerato en este centro porque mi colegio anterior se lo recomendó a mis padres. A mí nunca me ha gustado el instituto público del barrio, porque va gente que no tiene ganas de estudiar [...] allí no hay quien haga clase y al final todo se pega. En cambio, aquí nos exigen bastante, y además nos ayudan mucho”, explica Laura. Así mismo, Pedro de 17 años, quien está cursando por segunda vez 4º de ESO comenta: “Soy repetidor y mi tutora me ha dicho que por qué no pienso en apuntarme el año que viene al proyecto de inserción laboral del barrio. Y yo le he dicho que no, porque ahí sólo van inmigrantes y gente con problemas. Además, sé que si voy allí no voy a hacer nada, porque cada día la lían y no hacen nada en las clases. Yo quiero aprender algo para en el futuro poder trabajar de eso. No quiero ir a perder el tiempo o estar peor de lo que estoy ahora”.

En el uso del tiempo libre se evidencia una tendencia similar, a la cual ya hemos descrito en el apartado anterior. El director de un centro juvenil en la periferia de Barcelona sostiene que los chicos que pertenecen a familias más humildes y que tiene más dificultades sociales así como escolares son los principales usuarios de recursos como centros abiertos, centros juveniles, etc.; mientras que aquellos de clase media, cuyos padres tienen una cierta formación y les dedican tiempo, usan gran parte de su tiempo libre realizando actividades deportivas o artístico-musicales, en centros juveniles autogestionados o en casa.

Una asistente social manifiesta su preocupación sobre la construcción de expectativas por parte de los profesionales en contextos segregados. Argumenta: “Si los profesionales construyen su visión de la juventud, en base a una segregada red escolar y de ocio, se corre el peligro de que estos proyecten bajas expectativas hacia el rendimiento y potencialidades de la juventud, lo que se ha

constatado en múltiples estudios, influye significativamente en las expectativas de los jóvenes sobre su propio futuro. Esto influye negativamente en el llamado efecto Pigmalión y en la construcción del denominado techo de cristal, etc. Hay que tener cuidado y los profesionales debemos trabajarnos mucho este aspecto”.

Al igual que en el caso de la segregación escolar, los indicios de segregación en el marco del ocio también son percibidos por los propios jóvenes. Alberto, de 16 años, explica: “No me he informado mucho de las actividades que hacen en el barrio porque no me interesan. De hecho, no me gusta lo que hacen ni las personas que van a estas actividades. A veces he visto algún torneo de fútbol que hacen, y al final siempre hay problemas, yo paso de estos rollos. No me interesa porque no puedo aprender ni sacar nada interesante”. Alicia, de 18 años añade: “El ambiente que he visto en algunos centros del barrio no me gusta nada y no creo que me aportara mucho. Siempre hay gente que va a liarla, y yo paso de esto, la verdad; es más, prefiero que nadie me relacione con ese tipo de gente”. Desde otro punto de vista, Efraín, de 16 años, comenta: “algunos de los que viven en el barrio que se creen ricos a algo así, no quieren juntarse con nosotros. Dicen que creamos problemas y mal ambiente, por eso se van... Me da igual, son unos pijos, que se vayan [...]”.

Tanto jóvenes como profesionales coinciden en poner de manifiesto que en los barrios se producen procesos de segregación, tanto escolar como en el uso del tiempo libre, pero a la hora de señalar las posibles causas o motivos de la segregación, hacen referencia a factores distintos. Donde los jóvenes ven la segregación en base al clima escolar y el ambiente de ocio, los profesionales la ven en términos de nacionalidad y de nivel socioeconómico de los jóvenes y sus familias.

El análisis empírico constata que la segregación de jóvenes, en el marco escolar así como del tiempo libre, hace que las instituciones

educativas, que inicialmente tienen como objetivo luchar contra las desigualdades y la exclusión social fomentando la equidad y la cohesión social, en muchos casos acaban generando climas de educación y de ocio que reproducen las desigualdades sociales y las desigualdades en las expectativas hacia el futuro de los jóvenes. Estos ambientes de relación e interacción así como las expectativas de los profesionales que trabajan con los jóvenes se convierten en elementos fundamentales en la configuración de las expectativas de futuro de la juventud.

En definitiva, la tendencia a la concentración y segregación tiene un doble efecto: por un lado, el contagio de expectativas optimistas y pesimistas entre los jóvenes y los profesionales, y por otra parte, la influencia de las expectativas de los profesionales en las expectativas de los jóvenes así como en sus resultados.

CONCLUSIONES

Donde yo digo blanco, tú dices negro

Tal y como apuntamos en la introducción de este trabajo, uno de sus objetivos es poner de manifiesto la existencia de discrepancias entre jóvenes y profesionales en relación a las trayectorias académicas y profesionales así como las expectativas de futuro del colectivo joven. Y en este apartado vamos a sintetizar y remarcar aquellas disonancias más significativas en el proceso de construcción de las trayectorias formativas y profesionales, y las expectativas de futuro de los jóvenes.

En primer lugar, donde gran parte de los profesionales señalan desmotivación, apatía y pesimismo, una gran mayoría de jóvenes apuntan deseo, sueño, indecisión, miedo ante las dificultades, cierta desorientación. Pero por encima de todo, ilusión. Este panorama cuestiona la tan extendida denominación “Generación ni-ni”, que por un lado, no llega a un 1,7% –en 2011– (EPA 2011 y García,

2010) del total de la población joven española; por otro lado, si se desagrega el porcentaje de jóvenes que se etiqueta con el nombre de ni-nis, sólo un 3,5% (Ministerio de Empleo y Seguridad Social, 2013: 40) no desea ni estudiar ni trabajar, frente al resto que sí desea hacerlo pero aún no lo ha conseguido. En relación a esta cuestión, también queremos señalar como la traducción que se ha hecho al español de las siglas en inglés NEET (Not in Employment, Education or Training) se fundamenta en esa visión que señala al joven como responsable de sus fracasos, ya que el nominativo ni-ni se refiere a un joven que no estudia ni trabaja, y rápidamente se le añadió la coletilla de ni tiene intención de hacerlo. Es decir, la principal razón por la que un joven no estudia y no trabaja es porque no desea hacerlo, no porque el sistema educativo presente limitaciones o porque los programas de inserción laboral juvenil sean imperfectos.

En segundo lugar, y relacionado con el argumento anteriormente expuesto, los profesionales centran sus explicaciones del fracaso escolar o el desempleo juvenil en la falta de interés y formación de los jóvenes; mientras que los jóvenes incluyen a esta lista otros elementos más de tipo institucional como indicios de segregación, estigmatización asociada a determinados recursos y programas, deficiencias de planteamiento en los proyectos, etc.

Tanto jóvenes como profesionales coinciden en poner de manifiesto que en los barrios se producen procesos de segregación, principalmente escolar, pero a la hora de definir esta segregación ya no mantienen esta coincidencia. Donde los jóvenes ven la segregación en base al clima escolar y el ambiente de ocio, los profesionales la ven a partir de la nacionalidad y el nivel socioeconómico de los jóvenes y las familias.

Más allá de la supuesta apatía del joven, hay otros elementos que influyen en la configuración de sus expectativas de futuro: segregación y expectativas de los profesionales

El segundo objetivo propuesto, que recordamos, es analizar algunos de los mecanismos evidenciados como más influyentes en el proceso de configuración de las expectativas de futuro de los jóvenes, concluimos apuntando que las expectativas de futuro de los jóvenes son un proceso complejo de construcción, en el cual intervienen múltiples aspectos. Tal y como ya se apunta en el texto, numerosos profesionales, especialmente aquellos pertenecientes a la administración local, se refieren a las expectativas de futuro como una construcción que realiza de forma individual el joven, independientemente de los contextos en los que interaccione o bien las influencias que reciba de su entorno. Para ellos, los elementos clave son la motivación, el interés, el esfuerzo personal, etc. Mientras que, algunos profesionales que trabajan de forma directa con el colectivo joven, así como gran parte de los jóvenes sostienen que en la configuración de sus expectativas de futuro influyen considerablemente aspectos que son ajenos a su persona, como por ejemplo, las aspiraciones de sus compañeros, las expectativas que depositan en ellos sus padres, profesores o educadores, el ambiente escolar o de ocio en términos de exigencias, cultivo de intereses, entre otros.

Por tanto, constatando que las expectativas de futuro son una conjunción entre aspectos personales y sociales, a la hora de analizar las expectativas de la población joven es importante añadir como elementos de estudio: la visión del colectivo joven por parte de los profesionales que trabajan con esta población, sus expectativas de futuro respecto a ellos, y procesos de segregación escolar y en el uso del tiempo libre que contaminan esa visión y la proyección de sus expectativas.

En tiempo de bonanza económica, jóvenes ni-ni-ni (ni estudian, ni trabajan, ni tienen intención de hacerlo); mientras que en tiempo de crisis económica, jóvenes sí-No-sí (sí estudian o están formados, no trabajan, pero sí tienen intención de hacerlo)

En un momento de bonanza económica, en el que desempleo juvenil no alcanzaba cifras tan deseables como las que parecía obtener la producción económica, parece que el discurso mayoritario acerca del joven que no trabaja era simple y llanamente porque no quería hacerlo. Socialmente se les reprochaba ser vagos, estar desmotivados y no tener expectativas de futuro por las que esforzarse. Las explicaciones dominantes de ese desempleo juvenil se centraban principalmente en responsabilizar al propio joven de ese “fracaso”.

Visto ahora, con un poco de perspectiva y gravemente afectados por un porcentaje de desempleo juvenil desorbitado y recortes constantes en materia social, parece que se ha malgastado un tiempo en que parecía haber recursos económicos, responsabilizando al joven de no tener ganas de trabajar, de no tener horizontes de futuro, y en cambio no se ha prestado ninguna atención a aspectos que quizá hubieran ayudado a definir medidas o programas, que ahora podrían contribuir a contener o paliar este desbocado paro juvenil. Nos referimos a aspectos como:

- i) el elevado porcentaje de fracaso escolar;
- ii) las imperfecciones del mercado de trabajo que dificultaban enormemente una inserción plena de la población joven;
- iii) las asimetrías entre sistema educativo y mercado de trabajo;
- iv) la debilidad de las políticas activas de ocupación;
- v) la falta de calidad y de coherencia de proyectos de inserción laboral;
- vi) la evaluación de efectos no deseados de este tipo de proyectos, como son la no inserción en el mercado de trabajo tras finalizar el proceso de formación, la estigmatización, etc.;
- vii) la segregación escolar y en el uso del tiempo libre, las cuales debilitan contextos de interacción, y mediatizan la construcción de expectativas de futuro, tanto entre jóvenes como entre profesionales.

BIBLIOGRAFÍA

Abril, G. (2013), “Jóvenes a la espera”. *El País* on line. Consultado: 9 mayo 2013, <http://elpais.com>.

Cano, A.B. (2011), “Procesos de integración y exclusión social juvenil en las periferias de Barcelona y Milán”, *Tesis doctoral*, Barcelona: Universitat de Barcelona.

De la Rica, S. (2013), “Educación superior necesaria, pero no suficiente”. *El País* on line. Consultado: 9 mayo 2013, <http://elpais.com>

Fernandez-Enguita, M. (2003), “Desigualdades ante la educación. Una herida que no cierra” *Cuadernos de Pedagogía*, 326: 44-51.

García, A. I. (2010), “La ‘Generación Ni-Ni’ no supone ni el 1,7% de la juventud española”. *El Confidencial*. Consultado: 11 mayo 2013, <http://www.elconfidencial.com>.

Gutiérrez, M. (2010), “Los lunes al sol, versión adolescente”. *La Vanguardia*. pp.47.

Heras, P.; Llena, A. y Gil, E. (2010), “Generación ni-ni: la génesis”. *La Vanguardia*. pp.38.

INE (2010), *Encuesta de Estructura Salarial 2010*. INE. Consultado: 7 mayo 2013, <http://www.ine.es>.

INE (2013), *Encuesta de Población Activa (EPA). Primer trimestre de 2013*. INE. Consultado: 14 mayo 2013, <http://www.ine.es>

Infobos (2013), “Análisis de Indicadores Infojobs”. Enero 2013. Consultado: 2 mayo 2013, <http://nosotros.infojobs.net>.

Ministerio de Empleo y Seguridad Social (2013), *Estrategia de emprendimiento y empleo joven 2013-2016*. Consultado: 11 mayo 2013, <http://www.empleo.gob.es>.

Oberti, M. (2005), “Differentiation sociale et scolaire du territoire: Inegalites et configurations locales”. *Sociétés contemporaines*, 59-60 (3): 13-42.

Oberti, M. (2007), “Social and school differentiation in urban space: Inequalities and local configurations”. *Environment and Planning*, 39 (1): 208-227.

OCDE (2012), *Panorama de la educación en España. Indicadores de la OCDE 2012*. Informe Español. Madrid: Ministerio de Educación.

Teruel, A. y Auni6n, J.A. (2012), “Espa1a es el pa1s de Europa con m1s j6venes que ni estudian ni trabajan”. *El Pa1s* on line. Consultado: 6 mayo 2013, <http://elpais.com>.

Tortosa, M.J. (2013), “Formados y sin trabajo”. *El Pa1s* on line. Consultado: 6 mayo 2013, <http://elpais.com>.

UGT de Catalunya – AVALOT (2010), Joves=Precari?. *Informe “Els altres joves 2010”*. Consultado: 22 julio 2010, www.ugt.cat.